

con éxito satisfactorio. Lo tuve en la Clínica hasta su curación, acompañado de su madre que se quedó a cuidarlo, dándole de todo; alimentación, cama, material de curación, todo en fin, sin cobrarles nada absolutamente.

En agradecimiento, una hermanita del operado, que solía venir a verlo todos los días y que de paso comía también en la Clínica, tomó la costumbre de pasar al corral antes de irse y llevarse los huevos del gallinero, y cuando di de alta al operado, tuvieron la atención de llevarse dos sábanas, tal vez como recuerdo.

¿Qué les parece a los compañeros? ¿Soy exagerado cuando juzgo a algunos clientes de éstos, pertenecientes a la rama caciquil de la desvenjada oligarquía pueblerina? ¿Habrá muchos compañeros a quienes sucedan casos de esta naturaleza? ¿Sirve para algo ser educado y consecuente en pueblos donde hay esta clase de habitantes? ¿No es gana de comprometer demasiado, venir a buscar para esto a un hombre formal, que está tranquilamente en su casa y que, aun *no ha comedido, ni cometerá la bajeza*, de salir a buscar un cliente?

Que juzguen los compañeros todos y las personas decentes en general estas cosas y digan si hay motivos para renegar de la medicina, de los que en tal forma proceden con ella y de los médicos que

tienen la poca delicadeza de mirar siquiera a esta clase de clientes.

¿Qué te parece querido Emilio? ¿Te atreverías, conociendo estas cosas, que son sólo botones de muestra, a convivir conmigo como dices? ¡Loco estarías! Este pueblo no es más que, para los que por desgracia estamos ya en él. Porque no es que procedan así conmigo: es con todos. ¿No has visto el caso del pobre Quesada? ¿No hiela la sangre pensar cómo han procedido con su pobre madre? ¡Con una pobre señora, sólo, vieja, enferma, inútil!...

¿Estoy equivocado? ¿Soy exagerado? Si hoy quien me lo demuestre rectificó enseguida. Lo que pasa, es, que no soy bajo, que no soy rastro, que no doblo el espinazo para nadie, que antes de indignificar y encenagar esta profesión tan digna que ejerzo, dejaría de ejercerla y me metería a barrendero.

Yo podré indignificar algún día mi persona; mi profesión nunca! Eso es todo.

H. DOMÍNGUEZ

## EFEMERIDE

### San Pantaleón, mártir y médico.

Natural de Nicomedia, Pantaleón fué hijo de Eustoquio, noble gentil, y de Ebulia, de no menor nobleza y cristiana. Dedicado Pantaleón al estudio de la retórica y fi

lososofía y después al de la medicina, llegó a ser médico del emperador. Un sacerdote llamado Harmolao trabó amistad con Pantaleón y quiso persuadirle de la verdad cristiana; cierto día en que el santo iba sólo de paseo, encontró a un niño muerto y a su lado una víbora, y lleno de inquietud se dijo: «Ahora veré si es verdad lo que afirma Harmolao; En nombre de Jesucristo, a ti, muerto, te mando que te levantes, y a ti, animal ponzoñoso, que mueras». Por querer divino así sucedió, y al instante Pantaleón fué a Harmolao, instruyéndose y recibió el bautismo, comenzando el apostolado en su padre; mientras hablaba, presentóse un ciego, y Pantaleón, poniendo sus manos sobre los ojos de aquél, le devolvió la vista, convirtiéndose también su padre. Acudieron delante del emperador por su fe y el santo propuso que se trajera un enfermo desahuciado, y quien le curase poseería la verdad. Aceptó el reto y presentó un paralítico, los sacerdotes de los falsos dioses emplearon inútilmente sus ríos; después Pantaleón, en nombre de Jesucristo le levantó sano. Muchos de los presentes se convirtieron, mas no el tirano, que ordenó diversos tormentos, como el potro, uñas de hierro, plomo derretido, las flechas y la espada contra Pantaleón, quien murió a poco, degollado, en 305.

En la Iglesia del Real Convento de la Encarnación, en esta Corte, se venera la sangre de San Pantaleón, encerrada en una ampollita, y ésta en magnífico vaso sagrado, cuya sangre se fluidifica en las vísperas del día 26, permaneciendo en dicho estado durante el día 27. Milagro que se renueva anualmente.

(De La Voz Médica)

Dr. MEGÍA

única y exclusiva misión de devolverle la salud... A su disposición me tiene pues incondicionalmente.

Emilio. Gracias. Ya sé que eres muy bueno... Me lo dice mi sobrina siempre que viene.

D. Alberto. Ese voto no tiene valor... Ella no sabe si soy malo o bueno..., ni yo tampoco... Para juzgar a un hombre no tienen valor los votos de los hombres... A las personas las juzgan sus actos..., y con arreglo a ellos..., las juzga después Dios.

Emilio. Así debe ser.

D. Alberto. Y así es, no lo dude. Pero continuemos... Yo le he dicho y le repito que me tiene incondicionalmente a su disposición, sin limitaciones de ninguna especie, como médico, como amigo..., como lo que usted quiera... Para curarle, para asistirle, para defenderle..., para todo; ¿entiende usted bien?, para todo... El cariño, el afecto y la consideración que usted tiene a Carmencita, tengo yo la obligación de devolvérselo, en la forma que devuelve Dios el bien que se le hace; pagando un interés del ciento por uno. Aquí estoy pues dispuesto a pagar la deuda.

Carmencita. Déjate de cumplidos y ve lo que tiene, que estará impaciente la tía Eloisa.

Emilio. Usted no me debe nada. Acaso sea yo el que le deba, por lo bien que con ella se por-

ta. Es mi sobrina... La quiero mucho.

D. Alberto. (a Carm.) Qué suerte tienes.

Emilio. Más suerte es la mía, verme rodeado de vosotros que sois tan buenos.

D. Alberto. Como que vamos a devolverle la salud.

Emilio. Dios le oiga.

Carmencita. Ahora lo verás.

D. Alberto. Pues Dígime; ¿desde cuándo tiene eso que me ha dicho Carmencita?

Emilio. Hace unos cuatro años.

D. Alberto. Y no ha dicho nada porque hasta ahora no le ha molestado?

Emilio. Sí. Hace unos ocho días.

D. Alberto. A ver. (Le descubre y reconoce detenidamente) Muy bien. Se pondrá usted bueno.

Carmencita. Lo ves tío. ¡No te lo decía yo!

Emilio. ¿No habrá que operarme?

D. Alberto. Una pequeña operación hay que hacer, por ahora, pero no es de importancia.

Emilio. Yo no quiero sentirlo.

D. Alberto. No lo sentirá.

Carmencita. Tío, tú entrégate en sus manos y no te preocupes por nada.

Emilio. Es que soy muy cobarde... No quiero que me duela... ¿Me darán el cloroformo...?

D. Alberto. No es necesario... Tenga en cuenta que esto no es cuestión de operación, es cuestión de tratamiento. La operación de ahora es lo de menos, lo importante es el tratamien-